

A Ferris wheel with green and yellow cars is the central visual element, set against a cloudy sky. The wheel's structure is a complex web of thin lines, and the cars are arranged in a curve. The overall tone is somewhat somber due to the grey and blue hues of the sky.

CONNIE WILLIS

«Willis es aún mejor en su narrativa breve.»

Library Journal

**Lo mejor de
CONNIE WILLIS
II**

En esta nueva colección de *Lo mejor de Connie Willis* la variedad lo es todo. Historias que van de lo tétrico a lo melancólico, de la alegría al terror, de los clásicos a lo más difícil de encontrar. Tesoros que incluyen orangutanes, Egipto, lombrices de tierra, gansos asados, profesores universitarios, suegras, extranjeros, códigos secretos, estaciones de metro, oficinas de correos, bodas, divorcios y una amplio surtido de plagas...

Connie Willis es una gran especialista en la narración breve, y en este volumen se incluyen, entre otras, algunas de sus mejores y muy premiadas historias: la novela corta *El último Winnebago* (1988, premios Nebula y Hugo), el relato *En el Rialto* (1989, premio Nebula), y los cuentos cortos *Incluso la reina* (1992, premios Nebula, Hugo y Locus) y *El alma escoge su propia compañía* (1996, premio Hugo).

Relatos incluidos

REALEZA

La maldición de los reyes (The Curse Of Kings, 1985)

Incluso la reina (Even the Queen, 1992)

Premio Asimov's Reader 1993 (Ganador - Relato corto)

Premio Hugo 1993 (Ganador - Relato corto)

Premio Locus 1993 (Ganador - Relato corto)

Premio Nebula 1993 (Ganador - Relato corto)

Science Fiction Chronicle Poll 1993 (Ganador - Relato corto)

Ignotus 1997 (Ganador - Mejor Cuento extranjero)

Theodore Sturgeon Memorial 1993 (puesto 4)

Posada (Inn, 1993)

CUESTIONES DE VIDA O MUERTE

Samaritano (Samaritan, 1979)

Cultivo comercial (Cash crop, 1984)

Jack (Jack, 1991)

Premio Hugo 1992 (puesto 2)

Premio Nebula 1992 (puesto 2)

La última autocaravana (The Last of the Winnebagos, 1988)

Premio Asimov's Reader 1989 (Ganador - Novela corta)

Premio Hugo 1989 (Ganador - Novela corta)

Premio Nebula 1989 (Ganador - Novela corta)

Science Fiction Chronicle Poll 1989 (Ganador - Novela corta)

Locus All Time Poll 1999 (puesto 8)

Y POSTERIORMENTE

Rito para el entierro de los muertos (Service for the burial of the dead, 1982)

El alma escoge su propia compañía (The Soul Selects Her Own Society, 1996)

Premio Hugo 1997 (Ganador - Relato corto)

EPIFANÍAS

Azar (Chance, 1986)

Premio Ignotus 2000 (Ganador - Mejor Cuento extranjero)

World Fantasy 1987 (puesto 8)

En el Rialto (At the Rialto, 1989)

Premio Nebula 1990 (Ganador - Relato)

Premio Hugo 1990 (puesto 2)

Epifanía (Epiphany, 1999)

Presentación

Connie Willis es una de las autoras más premiadas y reconocidas en la ciencia ficción mundial. Además de ser una excepcional «maestra de ceremonias» siempre solicitada para intervenir en cualquier acto de los muchos que se celebran en la amplia comunidad de los aficionados a la ciencia ficción y la fantasía, Willis cuenta en su haber con una lista impresionante de galardones: 10 Hugos, 6 Nebulas, 1 Campbell Memorial Award, 10 Locus Awards, 6 Ignotus Awards, 1 de la ciencia ficción italiana, 2 de la ciencia ficción alemana (Kurd Laáwitz), 4 de los votados por los lectores de la popular revista Isaac Asimov's Science Fiction Magazine (Asimov's Reader Poll), 4 de los votados por los lectores del Science Fiction Chronicle Reader Awards y 1 HO-Mer (votado en uno de los más activos foros de Internet), y todo ello sin olvidar diversos premios Ignotus de la ciencia ficción española otorgados a las traducciones de sus relatos y/o novelas.

En este mismo volumen, encontramos algunos de los mejores relatos y novelas cortas de la autora, una de las mejoras cultivadoras actuales de esa difícil extensión. Aunque muchos de los relatos de esta antología han sido finalistas de los premios mayores de la ciencia ficción mundial: Hugo, Nebula y Locus, lo cierto es que cinco de los doce recogidos aquí los han incluso obtenido. Por citar sólo los premiados:

La última autocaravana (*The last of Winnebagos* - 1988) - Hugo, Nebula, SF Chronicle, Asimov's
Incluso la reina (*Even the Queen* - 1992) - Hugo, Nebula, Locus, SF Chronicle, Asimov's, Ignotus
Posada (*Inn* - 1993) - Asimov's Readers Poll
El alma escoge su propia compañía (*The Soul Selects Her Own Society* - 1996) - Hugo
Azar (*Chance* - 1986) - Ignotus 2000
En el Rialto (*At the Rialto* - 1989) - Nebula 1990

Reconocerán conmigo que se trata de una proporción no habitual.

Como ya he contado otras veces, tuve la suerte de conocer en persona a Connie Willis en la convención mundial (worldcon) de Glasgow de 1995. Después, aceptó ser la conferenciante invitada en la entrega del Premio UPC de ciencia ficción de 1997, lo que nos permitió, a mí y a mi familia, disfrutar durante unos días de su agradable compañía y de su inagotable ingenio. Connie Willis es, no hay ninguna duda, una persona encantadora y sumamente inteligente. Su obra literaria, como no podía ser de otra manera, refleja esa condición.

En nuestra colección NOVA han aparecido ya diversas novelas que incluyen la intensa reflexión de Willis sobre la indefensión humana ante una enfermedad que mata (EL LIBRO DEL DÍA DEL JUICIO FINAL), su visión casi profética de un sorprendente Hollywood del futuro (REMAKE), las agudas opiniones de la autora sobre la investigación científica que abarca desde el estudio sociológico de la aparición de las modas hasta la moderna teoría del caos (OVEJA MANSA), la comedia de altos vuelos en torno a la compleja agitación de la vida presidida a veces por objetos del todo inútiles (POR NO MENCIONAR AL PERRO), una curiosa reflexión sobre el sueño que es, también, una emocionada historia de amor que transcurre ante el horror de una guerra no por soñada

menos real y mortífera (LOS SUEÑOS DE LINCOLN), e incluso una inolvidable novela sobre las Experiencias Cercanas a la Muerte (ECM), tan asombrosa como reflexiva y tan inteligente como aterradora (TRÁNSITO).

Hasta hoy, para la mayoría del público lector, la gran obra de Connie Willis es EL LIBRO DEL DÍA DEL JUICIO FINAL (1992, NOVA número 68), esa emotiva novela que nos habla tal vez del SIDA sin citarlo ni una sola vez. O, mejor, nos habla del inevitable miedo del ser humano ante la enfermedad que puede acabar con su vida, algo que el SIDA ha replanteado en nuestros días incluso en los países más desarrollados, algo que hace años sugerían posiblemente la tuberculosis o, más tarde, el cáncer y que tan inteligentemente había analizado Susan Sontag en un famoso ensayo.

Pero cualquiera de los otros títulos citados no le va a la zaga en interés o naturalidad narrativa. Willis tiene esa prodigiosa habilidad de hacer sencillo lo difícil, de hacer ameno lo complejo y de expresarse siempre con gran inteligencia nunca reñida con la empatía y ciertas dosis de humor. Es un verdadero fenómeno y una de las personas más capaces para hacer sencillo, ameno y divertido incluso lo más agobiante.

Si todo esto se hace visible en sus novelas, resulta también destacable en sus relatos cortos, en sus novelas cortas, en sus artículos y sus obras que, sólo por extensión, algunos podrían parecer «menores» sin serlo en absoluto.

Sobre los relatos de este volumen, y refiriéndome sólo a algunos de los más conocidos (todos valen la pena, por una razón u otra) les sugeriría el interés «de género» de una maravilla como INCLUSO LA REINA, el ya clásico LA ÚLTIMA AUTOCARAVANA, la reconstrucción tan poco navideña de esa POSADA que no alojó a José y María en Belén, esa maravilla crítico-irónico-paródica sobre los artículos académicos y presuntamente científicos en el ámbito de las letras como es EL ALMA ESCOGE SU PROPIA COMPAÑÍA, o ese

peculiar ejemplo narrativo sobre lo que puede ser la mecánica cuántica llevada de manera excepcional al mundo de la literatura que es EN EL RIALTO. Y mucho más...

El primero de los citados hace pensar (y mucho...), mientras que los dos últimos son capaces de arrancar la mejor y más satisfecha de las sonrisas del lector algo no tan fácil como suele creerse.

Una verdadera gozada. Se lo aseguro.

Que ustedes lo disfruten.

MIQUEL BARCELÓ

Una introducción para este libro o Aquí están algunas de mis cosas favoritas

En realidad, no tiene demasiado sentido que los autores hablen sobre su propia obra. Se dedican a soltar tonterías como: «Posiblemente mi genio sea más evidente en mi deslumbrante cuento “La hipotenusa espantosa”». O se ponen insoportablemente sentimentales: «Mi gata *Ootsywootums* me ha dado mis mejores ideas, ¿no es así, *cusitalindísima?*».

O nos cuentan cosas que NO QUEREMOS saber sobre cómo y en qué circunstancias tuvieron la idea para la narración: «A altas horas de una noche de enero, sufriendo una intoxicación alimentaria, me encontré en el frío suelo del baño pensando...».

Todo lo cual me ha hecho decidir que a los autores sólo se les debería permitir hablar de los libros de los demás, no de los suyos propios. Rara vez son buenos jueces de su propia obra. Mark Twain creía que *Tom Sawyer* era su mejor novela. Se equivocaba. (Aunque la escena en la que Huck y Tom asisten a su propio funeral es muy buena).

Y el origen de la mayoría de las historias no resulta tampoco muy interesante. Yo he tenido ideas yendo a Correos, por leer mal un cartel o por ir detrás de una caravana que iba a diez por hora. O escuchando o, más bien, no escuchando sermones aburridos. No soy la única. No cabe duda de que «La carrera del gran sermón» de P. G. Wodehouse está inspirada en un sermón especialmente largo y aburri-

do, y quién sabe cuántas obras de la literatura deben a eso su origen. ¿*La letra escarlata*? ¿*En busca del tiempo perdido*? ¿*Lolita*?

En una ocasión incluso tuve una idea mientras veía *Hospital General*. Fue durante los gloriosos días de Luke y Laura, cuando todos creían que Luke estaba muerto. Celebraban su funeral en la discoteca (no pregunten), Luke se había colado por la parte de atrás y escuchaba su propio panegírico, y yo pensé: «Vaya, eso lo han copiado de *Tom Sawyer*». Luego: «Bien, si ellos pueden, yo también».

Pero nada de eso explica el verdadero origen de las historias (sospecho que radica en algún punto del lóbulo temporal, o quizá la amígdala) ni por qué una conversación oída de refilón, la visión de una bandada de gansos en la nieve o un titular resultan para el escritor hilarantes (esta mañana he leído un artículo sobre un director de instituto que impuso reglas para el baile de graduación; una de ellas era: «En todo momento los dos pies deben tocar el suelo»), inquietantes, irónicos u horribles (o todo a la vez), y dispara algo en su interior que le obliga a escribir una historia.

Y no indica nada sobre cómo la historia pasó de ser una idea a un Producto Terminado. (La idea de *Hospital General/Tom Sawyer* dio un súbito giro y se convirtió en una historia de fantasmas). De hecho, ustedes no quieren saberlo, de la misma forma que no quieren saber cómo Houdini escapaba del baúl cerrado. Como me dijo uno de mis alumnos en Clarion West después de que les explicase una técnica que había empleado en uno de mis cuentos: «Creía que eras una buena escritora, pero te limitas a usar trucos».

Así que no voy a contarles nada de eso. Y, definitivamente, no voy a hablar sobre mi carrera. Nadie en su sano juicio quiere oír eso. Lo que no nos deja muchos temas. Pero ahora ya estamos demasiado metidos en la introducción para echarnos atrás. Por tanto, ¿qué tal si les cuento algunas cosas que me resultan interesantes y/o adoro y que

puede que hayan o no influido en las historias que van a leer? Cosas como:

La ciencia ficción (¡obvio!).

Cuando tenía trece años me topé con *Consigue un traje espacial, viajarás* de Robert A. Heinlein, y jamás me recuperé. Rápidamente leí todos los libros de Heinlein y luego todo lo que había en la biblioteca pública con una nave espacial y un átomo en el lomo, lo que, por suerte para mí, incluía una colección completa de *La mejor ciencia ficción y fantasía del año*, que me resultó todavía más asombrosa que Heinlein. Leí historias de Kit Reed, Theodore Sturgeon, Zenna Henderson y Fredric Brown, «Época dorada», «Flores para Algernon» y «La pradera» en un único volumen, cuentos de hadas e ingeniosos futuros de alta tecnología y pesadillas (políticas, sociales y literales), historias de amor agri-dulces y experimentos flipantes tanto con el estilo como con las ideas. Me dejaron entrever la increíble variedad de estilos, enfoques y técnicas de la ciencia ficción, desde el retorcimiento mental de «Quisiera llegar pronto» de Philip K. Dick, pasando por la desconsoladora «Luz de otros días» de Bob Shaw, la divertida «Bernie, el Fausto» de William Tenn y la inquietante «Rosa de la noche» de John Collier, hasta la aterradora «Lot» de Ward Moore.

Cualquier cosa y todo tenía su interés: ciencia, psicología, estrellas (tanto las astronómicas como las de Hollywood), fantasmas, robots, alienígenas, dodos, manuscritos iluminados, marcianos, tiovivos, la guerra nuclear, naves espaciales, pequeñas tiendas... Nada quedaba más allá de sus fronteras. Y como a mí también me interesaba todo — desde el aparcamiento del campus hasta los simios que se comunican por signos y los errores incorregibles—, me enamoré perdidamente del género. Un amor que perdura desde entonces.

Tres hombres en una barca

En la primera página de *Consigue un traje espacial, viajarás*, el padre de Kip lee el clásico *Tres hombres en una barca* de Jerome K. Jerome mientras Kip intenta hablar del viaje a la Luna. Su padre le dice que la situación de Kip es similar a la de J. Harris y George cuando se dan cuenta de que han olvidado el abrelatas. (Se me escapa completamente por qué se lo dice. Los tres hombres casi le sacan un ojo a George al intentar abrir sin éxito la lata de piña). Bien, en cualquier caso, tan pronto como terminé de leer *Consigue un traje espacial, viajarás*, encontré un ejemplar de *Tres hombres*, lo leí y me uní al afortunado grupo de gente que se ríe en voz alta al oír hablar de grandes quesos apestosos, pequeños perros sarcásticos y cisnes asesinos. Mi escena preferida es cuando se pierden en el laberinto de Hampton Court... No, esperen, la de las canciones cómicas... No, esperen, cuando hacen las maletas... No, esperen...

La lectura me ofreció una primera aproximación a los autores humorísticos, de los que había —y hay—muy pocos (aunque hay muchos que se consideran, erróneamente, graciosos). Entre los verdaderamente graciosos que he encontrado y atesorado a lo largo de los años están P. G. Wodehouse (sobre todo me gustan sus historias de golf, seguidas de cerca por Bertie y Jeeves, la emperatriz de Blandings y distintos bulldogs), los libros de *Mapp* y *Lucia* de E. F. Benson, Calvin Trillin, *El diario de Bridget Jones* de Helen Fielding, *Granja Cold Comfort* de Stella Gibbons, *Los caballeros las prefieren rubias* de Anita Loos, Dorothy Parker y, por supuesto, Mark Twain. Y Shakespeare (ver el siguiente apartado). Todos ellos (excepto Dorothy) comparten un tremendo afecto por la humanidad y a todos les encanta hundir a los pomposos, a los pretenciosos, a los santurriones y a los estúpidos empecinados.

Uno de los aspectos que más me gusta de la ciencia ficción es que cuenta con muchos autores y con muchas historias divertidísimos: Ron Goulart, Fredric Brown, Howard Waldrop, «One Ordinary Day with Peanuts» de Shirley Jackson, «Los ordenadores no discuten» de Gordon Dickson. Además me ha ofrecido un espacio para escribir las comedias románticas que me encantan. Probablemente «En el Rialto» fuese la que más disfruté, aunque «Ruido» la sigue, ya que me ofreció la oportunidad de escribir sobre Shakespeare, al que adoro incluso si no lo interpreta Joseph Fiennes. Lo que me lleva a:

Shakespeare

Lo sé, lo sé, Shakespeare gusta a todos. Pero ¿cómo podría no gustar? Vamos que... Mercucio y Bottom y «Es el ruiseñor» y el bosque de Birnam y «¡Nuestra banda de hermanos!» y *La ratonera* y «¡Un caballo! ¡Un caballo! ¡Mi reino por un caballo!» y Dogberry y «Bésame, Kate» y la pobre Cordelia. ¿Qué podría no encantarnos? Mi obra favorita es *Noche de reyes*, que logra ser hilarante y emotiva a un tiempo. (Recomiendo la versión de Imogen Stubbs y Ben Kingsley). Tom Stoppard tiene razón: Viola es la mejor heroína de la literatura.

También odio a Shakespeare. Se le da todo tan bien: personajes, tramas, diálogos, la comedia, la tragedia, el suspense, el romance, las réplicas ingeniosas, la ironía. Está claro que todas las hadas madrinas asistieron a su bautizo. (Evidentemente, la maldición del hada malvada fue más o menos: «Nadie creerá que un chico de Stratford-on-Avon pueda escribir algo así, y te volverán loco afirmando que tus obras fueron escritas por Christopher Marlowe, la reina Isabel o un comité»).

La mayoría de los autores se defienden con uno o dos talentos, o se limitan a contar la misma historia una y otra

vez, como F. Scott Fitzgerald con *Zelda*, o sólo escriben un libro, como Margaret Mitchell o Harper Lee. Pero Shakespeare escribió un montón de cosas, todas geniales. Podía escribir vodevil, luchas a espada, escenas amorosas y filosofía. Sus personajes secundarios son geniales —Feste, Puck, Polonio y Falstaff—y sus mujeres son las mejores de la literatura: Beatriz, Porcia, Helena, lady Macbeth y Rosalinda. Su estructura narrativa es deslumbrante, sus escenas de muerte son inolvidables. Lear diciendo: «Tan cierto estoy de ser un hombre como de que esta dama es mi hija Cordelia» y «Nunca, nunca, nunca, nunca, nunca». Podía tomar exactamente la misma historia de amantes desventurados y contarla en clave de tragedia (*Romeo y Julieta*), luego en clave de farsa (la obra de Píramo y Tisbe en *El sueño de una noche de verano*), en clave de comedia romántica (*Mucho ruido y pocas nueces*) y en clave de tragicomedia (*Cuento de invierno*), y en cada ocasión transmitir algo nuevo y original. Y, por si eso no fuese suficiente, inventó toda la lengua inglesa. Es por completo injusto.

Incluso se le dan bien las comedias alocadas. Lo que nos lleva a:

Comedias alocadas

Soy adicta a todo tipo de películas, desde *Una mente maravillosa* pasando por *Centauros del desierto* y llegando hasta *Los otros*. Pero mi género favorito con diferencia es la comedia alocada. Me encantan las películas con diálogos ingeniosos de los años treinta y cuarenta: *Sucedió una noche*, *Mi mujer favorita*, *Mamá a la fuerza* y *El milagro de Morgan Creek*. *Luna nueva* es mi favorita. Cuando Cary Grant dice que «quizá Bruce deje que nos quedemos con él» es el momento más gracioso de cualquier comedia, aunque la llamada en *La fiera de mi niña* y la escena del

club nocturno de *El solterón y la menor* no andan muy a la zaga.

Pero no soy una purista. También me gustan las nuevas: *Mientras dormías* y *Notting Hill*, *French Kiss*, *Dos vidas contigo* y *Love, Actually*. Incluso el *remake* de *Sabrina* me gusta más que la película original. (Lo sé, es una herejía). Y, claro está, me encantan *Operación Whisky*, *Apartamento para tres* y *Cómo robar un millón*.

Lo que me gusta (aparte del hecho que de vez en cuando son un reflejo de mi propia vida) es que logran ser ingeniosas y divertidas con una estructura muy rígida. Son como una especie de sonetos con final feliz, y me gustaría que rodasen más.

Como no es así, he tenido que escribir mis propias comedias alocadas y, por suerte, la ciencia ficción es el género perfecto para ello. Eso se debe a que son simultáneamente muy progresistas y muy conservadoras. (Y shakespearianas... él inventó el género con Beatriz y Benedicto en *Mucho ruido y pocas nueces*). La comedia alocada se desarrolla en un mundo muy moderno (giroplanos, citas por Internet, reuniones de junta, colinas espaciales en L-5), hay muchos comentarios sociales, montones de consecuencias inesperadas y, en general, un aire de locura que parece ir bien con el futuro; pero en su núcleo hay una historia de amor de las de siempre. La primera historia que vendí (aparte de algunas narraciones confesionales y «The Secret of Santa Titicaca», una historia tan mala que ningún género la reclamaría como suya) fue una comedia alocada titulada, muy apropiadamente, «Capra Corn», y desde entonces he estado escribiendo comedias (y viviéndolas). Lo que nos lleva a:

Mi extraña vida